

Paros muy distintos

Por Jaime Guzmán

En un foro reciente, uno de los participantes me reprochó una supuesta incongruencia entre mi actual condena a los paros convocados por la oposición política y mi activo apoyo a aquellos que entre 1972 y 1973 condujeron a la caída del Gobierno de la Unidad Popular.

Le repliqué que no existía inconsecuencia alguna de mi parte, ya que ambas situaciones eran radicalmente distintas. Y le agregué que tales diferencias no sólo se traducían en que los paros contra el Gobierno de Allende tuvieron una sólida justificación moral de que los actuales carecen, sino que -además- explicaban el éxito de aquéllos y el fracaso de éstos.

La Unidad Popular confirmó desde el Gobierno que su propósito final consistía en conducir a Chile a un régimen marxista-leninista, según el ideario de los principales partidos que integraban esa coalición.

Se trataba de convertir a Chile en una segunda Cuba. De enajenar para siempre nuestra soberanía, pasando a engrosar la constelación de los satélites soviéticos. De que se nos impusiera un **totalitarismo irreversible**, donde el Estado privaría a los padres del derecho a educar a sus hijos, donde la libertad religiosa se vería cercenada, donde el consumo de cada hogar se sometería a tarjetas de racionamiento, donde se suprimiría todo organismo gremial autónomo y toda forma de negociación de remuneraciones para los trabajadores, donde desaparecería la posibilidad de emprender libremente cualquier actividad privada de carácter económico, cultural o de



otro orden, al margen de la férula estatista omnipotente (controlando así las conciencias a través de los estómagos), y donde -en fin- se ahogaría toda disidencia frente al sistema establecido.

Esa perspectiva cada vez más inminente se agravaba con una hiperinflación que en 1973 bordeaba el 1.000 por ciento al año, un desabastecimiento generalizado -con su secuela de colas y mercado negro- y los sistemáticos preparativos de la guerra civil con que el comunismo se aprestaba a asestarnos el golpe definitivo.

Resultaba legítimo que, frente a ello, el pueblo chileno ejerciera el derecho a la rebelión. Y era explicable que éste concitara un fervoroso apoyo popular, ante la angustia que el horizonte descrito despertaba en los chilenos.

Cualesquiera sean las diversas posiciones ciudadanas frente al actual Gobierno -incluidas las más críticas-, nada de lo expuesto puede asimilarse a lo que hoy acontece en Chile. Sólo la retórica de una clase política ofuscada puede intentar alguna analogía entre ambas situaciones. De ahí que ella no encuentre eco alguno en el chileno medio como para amenazar la estabilidad del régimen militar.

Nadie confunde la inminencia de un totalitarismo irreversible con la realidad de un gobierno autoritario, que restringe transitoriamente **ciertas libertades políticas**, pero cuyo compromiso de encaminarse a la democracia plena en plazos precisos está refrendado por una Carta Fundamental, cuyo cumplimiento se garantiza por el juramento de honor de nuestras Fuerzas Armadas y de Orden.